

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 2 DE SEPTIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.152

La parábola de la Juventud y la Vejez



Todo lo más se me podría acusar de cansancio... Pero, ¿habrá alguien que pueda negarme el derecho a sentirme cansado?... Nadie escapa a las leyes del Tiempo, quiera o no quiera...

«Por más hermoso que aparezca el Sol, al fin de la jornada ha de morir.

«La melodía de estos versos viene rumeando toda la mañana en mi cabeza y probablemente resuena en cuanto acabo de escribir. En una obra de Raimundo, el bizarro cómico a quien no hace mucho la melancolía le hizo saltarse la tapa de los sesos, aparecen la Juventud y la Vejez como personajes alegóricos, y la canción que entona la Juventud cuando se despide del protagonista empieza con los citados versos. Hace ya muchos años, una vez, en Munich, vi yo esa pieza; se titula, si no recuerdo mal, «El aldeano millonario». Apenas desaparece la Juventud, se observa que la persona del protagonista, que se queda solo en escena, sufre una extraña transformación. Sus negros cabellos van poniéndose grises poco a poco, hasta quedarse, finalmente, blancos como la nieve; se encorvan sus espaldas, sus rodillas vacilan y tiemblan; su fiereza anterior se trueca en una llorosa debilidad... Es la Vejez que aparece.

«¿Se le va acercando ya al autor de estas páginas esa invernal figura? ¿Percibes tú ya, querido lector, una transformación semejante en el escritor que, siempre juvenil, acaso demasiado juvenil, se movió hasta ahora en la Literatura? Triste espectáculo, en verdad, el del escritor que ante nuestros ojos, en presencia de todo el público, se va haciendo viejo poco a poco. Bien lo hemos visto nosotros, no con Wolfgang Goethe, el eterno mancebo, pero sí con Augusto Guillermo von Schlegel, el viejo presumido; no con Adalberto Chamisso, que cada año florece en una juventud nueva, pero sí lo hemos visto en el señor Luis Tieck, el espantajo romántico de otros tiempos, hoy convertido en un roñoso viejo murmurador. ¡Oh, dioses, yo no os pido que me dejéis la juventud; pero dejadme las virtudes de la juventud, la desinteresada inquietud, las desinteresadas lágrimas!

No dejéis que me convierta en un viejo camorrista lleno de envidia, que por envidia me dé a roer la obra de los jóvenes; ni tampoco en un derrengado Jeremías, que suspira y gime constantemente por los tiempos idos, diciendo que fueron los mejores... ¡Oh, dioses, que sea yo un viejo que ame la juventud y que, a pesar de la flojera de los años, tome parte en sus juegos y peligros! ¡Qué importa que tiemble mi voz y vacile, si se conserva impávida y fresco el sentido de mis palabras!

ENRIQUE HEINE.»

(Escrito en París, en la primavera de 1837, para el prólogo de la segunda edición de *El libro de los cantares*.)

★

Estos eran dos hombres que nacieron en una misma ciudad y se criaron y educaron juntos.

El primero de ellos envejeció en su juventud; el segundo fué siempre joven: llegó a la vejez y se murió sin haber dejado nunca de ser joven.

El primero, en sus años mozos, aprendió a negar, y nunca supo construir nada; aprendió a fingir, y en las tinieblas de su alma nunca entró un rayo de verdad; huyó del dolor, y el amor le fué negado; nunca supo cantar, ni reír, ni beber; ni buscar en los ojos de las mozas los caminos del cielo, ni entre los astros, en las noches azules, las rutas de la Ilusión.

El segundo, desde muy niño, aprendió

a creer; creer es afirmar, y afirmar es construir: así logró él siempre levantar y finir cuantas obras se propuso, con firmeza permanente; no mintió nunca, y la Verdad puso en su alma claridades y fulgores de sol; porque supo sufrir mucho, amó mucho también; aprendió a cantar como los pájaros, cantar sólo por cantar, en las auroras y los crepúsculos, bajo el sol en el cenit—como las cigarras ebrias de sol—, y en la mitad de la noche, contando los luceros, por los senderos floridos; supo hacer suyo el cristalino secreto de la risa, y no hubo racimo de vid alguna del que no expresara y libase glotonamente el zumo vital; caminos celestes halló siempre en los ojos de toda mujer, y de estrella en estrella, en las inflamadas carabelas del Deseo, viajó incesantemente por el Infinito con el alma llena de luz.

El primero se hizo avaro, y en su avaricia llegó a escatimarse a sí mismo la vida; el segundo, que era pródigo, la consumía a grandes dosis, hambriento y sediento siempre de vivir; y así, mientras más ahorraba el uno, menos tenía; y el otro, mientras más gastaba, más se ensanchaba y más fácil fluía para él el caudal de la Vida.

De esta manera avanzando los años, incólume tenía aún el primero el tinte de sus cabellos de ébano, y ya parecía viejo, y ya estaba viejo; poco a poco se le habían ido secando los veneros del alma y ésta se convirtió en un érial, donde sólo había cizaña y sólo vivían repugnantes reptiles: el egoísmo, la hipocresía, la envidia; la envidia era una culebra monstruosa que se le fué enroscando al corazón, esponja para su baba ponzoñosa; y la envidia, que puso en su rostro un verde tinte de hiel que nada borraba, ni las luces del rosicler ni la sonrisa de un niño, le fué secando la piel, de la que hizo un astroso pergamino, y asarmentando sus miembros; la envidia le hacía morder y roer en la obra de los jóvenes, escondiendo las uñas y los dientes, buscando la oscuridad, ocultándose en el manto de la traición, porque la envidia es artera y cobarde.

Blancos, por el contrario, llegó a tener el segundo los cabellos, y joven, tan joven como cuando mozo, seguía siendo todavía; su corazón era un rosal que florecía todos los años, y en sus ramas había siem-



PINAR DE RABELAS.—AGUAFUERTE DE CASTROGIL

Ayuntamiento de Madrid

pre nidos; porque sabía construir, la obra de los demás le era tan grata como la suya propia, y así dejó ésta en el corazón de los hombres raigambre inmortal.

*

«¡Oh, dioses, yo no os pido que me dejéis la juventud, pero dejadme las virtudes de la juventud, la desinteresada inquietud, las desinteresadas lágrimas! ¡Oh, dioses, que por envidia no me dé a roer la obra de los jóvenes; que sea un viejo que ame la juventud y que, a pesar de la flojera de los años, tome parte en sus juegos y peligros! ¡Qué importa que tiemble mi voz, si se conserva impávido y fresco el sentido de mis palabras!»

Enrique DOMINGUEZ RODIÑO

IMPRESIONES DE UN LECTOR

«Veinte poemas...»

LEGO un poco tarde para hablar del libro de Oliverio Gironde *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*. Bella edición. El autor la ha cuidado como otro poema, añadido a la danza de sus veinte fantasías. ¿Danza? No encontraría palabra más exacta. El poeta ha querido encontrar el ritmo de la danza invisible de las cosas. Invisible para los cretinos, claro está. Libro graciosa-mente carnavalesco, Pierrot sin amargura, Orfeo truhán, que hace saltar en cabriolas grotescas la apariencia trivial de las formas. ¿He dicho *sin amargura*? No estoy seguro de que así sea. Desde luego ese es un libro irónico. Y no hay ironía sin dolor. La ironía es el disimulo, elevado a supremo consuelo. Danzan las cosas su zarabanda, pero todas ellas llevan puesto su antifaz. ¿Qué rostro esconden bajo su máscara? ¿Quién podrá susurrarles al oído, pasando junto a ellas, un *te conozco*? ¿Se tendría miedo a conocerlas en realidad! Para el que las mira, las cosas no esconden más que una mueca: la muerte. Y la Muerte es también grotesca, y siempre ha tenido su danza...

¿Ríen las cosas bajo la batuta de Oliverio Gironde, que dirige sus piruetas? ¿Ríen o lloran? En todo caso nos hacen gesticulaciones de payaso, aunque bajo su albayalde esté el dolor. Este es un libro *alecohólico*. El mundo rueda como la cabalgata infantil de un *Tío vivo*. He aquí el secreto de la facultad de poesía: saber embriagarse con el vino que haga danzar las cosas para nuestro placer de pequeños dioses, como bayaderas en torno a un rajah. ¡Danzad, casas amontonadas en el lomo de la colina ciudadana, parpadeando con las ventanas que encienden, por la noche, la pupila de la lámpara familiar! En torno al viajero que arriba a vuestro puerto formaréis una sardana alucinante y frenética, entre un resto de mareo y un comienzo de pesadilla nocturna... ¡Danzad, pobres chicas humildes, que jamás soñasteis salir de vuestra pudibundez provinciana, llena de ignorancias, esto es, llena de carencias, como una viva paradoja! El mundo hace vibrar en torno a vuestras cabecitas el hondo aullido de vendaval que vuestros pulmones no pueden absorber... ¡Danzad, ex votos alrededor de las imágenes milagreras, como un *galop* de quimeras en noche de fiebre! ¡Danzad, bellezas vulgarizadas por las agencias de viaje, canales venecianos, calles de Verona, recodos del Lago Mayor, para sacudir el peso muerto de tantas admiraciones ignoras! ¡Danzad, claro de luna, dosificado ya en todas las farmacias, escenografía de

quinto acto para acentuar debidamente la emoción!

Me imagino que, a la hora de morir, cuando también la conciencia se atreva a diseñar su última pirueta, ha de ser un amargo consuelo ver danzar las cosas en torno a nuestro lecho, para convencernos de que la vida no ha sido una cosa seria y de que la danza macabra tiene un atractivo mucho mayor...

Oliverio Gironde ha compuesto en esos veinte poemas la danza macabra de las cosas. Crudamente, sus imágenes golpean la cabezota de los filisteos para hacernos reír con sus visajes de escándalo, como los de aquellos cretinos que encontró Gulliver, a los cuales había que golpear con vejigas hinchadas para sacarlos de su estupor. Las imágenes del estilo de Gironde fluctúan sabrosamente entre la grasa jovialidad de las ker-

messes flamencas y la dislocación vesánica de un conceptismo ultravioleta. ¿Es la forma, lo que salta desarticulado como un polichinela infantil, o es la idea, que el autor ha vestido con ropaje de marionetas para que no la conociese el vulgo burgués?

Pero... ¿de qué modo esas graciosidades (más que gracias) nos compensan de tanta vacuidad sonora! Esa aparente superficialidad puede cubrir a veces una resonancia profunda... ¡En cambio, de cuántos autores podríamos decir, paradójicamente, que en el fondo son muy superficiales!

Gironde ha ilustrado su libro con fantasías pictóricas acomodadas a sus acrobacias literarias. Y su libro acaba por antojársenos un circo ecuestre, en cuyo redondel ha encerrado las vulgares apariencias para que representen su come-

dia como perros amaestrados, bajo un látigo de domador...

Pero yo no sabría terminar esta nota sin señalar a esas deformaciones en que la Naturaleza se torna maleable como cera en las manos de un artifice, para construir muñecos con su arcilla diluviana, un inagotable precedente español: el de nuestro fecundísimo y donoso Ramón Gómez de la Serna.

La Rueda de Color

En el fondo, ya que no en la forma, esas composiciones de Rogelio Buendía pertenecen a la misma familia de los veinte poemas de Gironde. Desde luego, el filisteo, al leerlas, sufrirá un terrible desconcerto. De muchas de ellas no entenderá una palabra. Desde luego, algunas sufren, muy directamente, la influencia dadaísta. Pero la arbitrariedad de las imágenes descubre siempre un vuelo de fantasía poética. Prefiero, entre esos poemas, los que dejan al lector el atisbo sin fin de lo que han querido penetrar. Así, por ejemplo, *La hora que se va*, especie de eco rítmico de un pasaje de Tennyson; la *Serenata*, arlequinesca y aligera; *Risa*, ágil tecleo indefinido, volátil como una túnica de niebla; la *Danza de los esclavos*, llena de extrañas penetraciones y de intuitiva originalidad; la *Ronda*, rica en armonía entre la palabra y la visión; el *Parque*, agitada por una verdadera pululación de vida animal (no me gusta la estrofa última); la *Rumba*, rica en facecia, muy descriptiva; *El Príncipe pájaro*, y muchas de las visiones del *Tenebrario*. Rogelio Buendía ha sabido infundir virtud dinámica en la apariencia estática de las formas.

Canções

Aguardan ahí mi comentario, sobre el escritorio, dos libros de poesía portuguesa, que acabo de recibir. El uno son las *Canções* de Antonio Botto, secuestradas por el gobierno portugués. Libro obsesionante, flor de pecado, perfume de una sensualidad fuertemente inclinada a poetizar su propio fuego. El vino, en esos cantos, recobra su sentido báquico. Teixeira de Pascoaes ha puesto al libro unas palabras iniciales de elogio. Jaime de Balsemao, en unas *Nuevas referencias*, que van como epílogo, habla de la ironía del autor, a quien afilia como clásico. No me parece que la nota irónica sea característica en Antonio Botto. Su verdadero carácter es la transfiguración del amor físico, exaltándolo en una especie de purificación, como si lo hiciese retornar al sentido místico de las viejas liturgias. Todo ello con una especie de amargor excitante de mandrágora, como si el atractivo de la pasión estuviese en su cualidad de fruto paradisiaco, vedado por una divinidad celeste y consagrada a otra divinidad pródiga, como un culto nocturno...

Decadencia

El otro libro se titula *Decadencia*; poemas de Judith Teixeira. Vibran también esos poemas con exaltación sensual, y con una gran veleidad de orientalismo. Las imágenes parecen aquí formas opulentas, obsesiones carnales, demonios como los que tentaban a los anacoretas. Hay cierto narcisismo flotando sobre la pompa intencional de las fantasías. Narcisismo no es la palabra exacta, porque son versos de mujer. Por momentos, el frenesí de Safo anima y enciende alguna composición. Y la hoguera amorosa sube al cielo con su antiguo valor de pira de sacrificio.

Juan SOCA

Gabriel ALOMAR

CON EL ALMA ENCENDIDA

Como yo te siento

No te afanes en vano, no te afanes, mujer.
Todo lo que yo escribo lo escribe el corazón.
Tu cerebro se esfuerza sólo por comprender...
y el cerebro no puede comprender mi emoción.

Mis palabras de fuego, mis cálidas ternuras,
como abejas de oro revuelan a tu oído.
Demasiado ingenua me dices: «Tus locuras...»
(El mundo que he ganado tú lo tienes perdido.)

No te afanes en vano, no te afanes, mujer.
Espíritu curioso, pretendes comprender
estas cosas tan raras, tan llenas de emoción,

que yo suelo escribir con el alma encendida.
¡Y es tan fácil el fácil sentido de mi vida!
Lee con los ojos vueltos hacia tu corazón...

Como yo te sueño

Mujer hecha de fuego, bella mujer doliente
que ves pasar la vida junto a ti siempre igual;
yo sé que en tus deliquios tu corazón presente
la inefable armonía de un remoto Ideal.

Mujer hecha de fuego, rosa santificada
por todos los dolores que ha forjado tu ensueño;
sabe que, cual la tuya, mi vida está abrasada
por la llama saudosa de un imposible empeño.

Mujer hecha de fuego, bella mujer fatal,
como una fe nos une el supremo ideal
de pasar por la vida, como Cristo, armoniosos,

sordos a la tragedia de nuestro corazón,
nuestros pies sobre el barro, los ojos luminosos
y en el pecho una daga de divina emoción.

Como yo te espero

He de llegar a ti, mujer hecha de llama.
Por todos los caminos te busqué, sin hallarte.
Habías de ser de brisa, de niebla, sutil flama,
y habría sobre la luna, bajo el mar, de encontrarte.

A ti voy, sordo y mudo, con los ojos vendados.
Tanto te amé en las rosas de las otras mujeres,
que forman un glosario de nombres olvidados,
que no sé decir cómo te llamas ni quién eres.

A ti van firmemente mis floridos anhelos.
Bajo todos los soles, bajo todos los cielos
te buscaré, indecisa, mi alegre alma viajera.

Podrá la vida inquieta de mi rumbo alejarte;
¡mas soy un poseído de la fe de encontrarte,
y sé que, al fin, la gloria de tus brazos me espera!

Páginas desconocidas
de nuestros clásicos

LOS CUENTOS DE TIMONEDA

En esta época en que las naciones más cultas vuelven los ojos al pasado y Francia e Italia reanudan sus estudios de humanidades con las enseñanzas del latín y el griego, que otra vez vuelven a estar en auge, el conocimiento de las obras clásicas se hace imprescindible.

En España es innumerable la cantidad de trabajos inéditos o poco conocidos que se guardan en nuestros archivos y bibliotecas, papeles que no llegaron jamás a imprimirse, o ediciones raras y costosas de obras interesantísimas que sólo por una vez vieron la luz.

Los LUNES DE EL IMPARCIAL, atentos a toda renovación, ya clásica, ya moderna, desean que el público en general goce de este tesoro de nuestros clásicos, únicamente accesible hoy a los eruditos, y exhumará en las presentes páginas, no lo sabido de todos, sino lo más selecto e ignorado.

Damos ahora a conocer una hermosa colección de narraciones de Juan de Timoneda, el famoso cuentista valenciano, autor del *Patrañuco*, *El Sobremesa* y *álbum de caminantes*, entre sacadas del *Buen aviso* y *Portacuentos*, libros que se dieron a conocer en 1564 y no se han reimpresso sino en una ocasión y para público reducidísimo, del único ejemplar que poseyó Salvá.

Aunque llenos de una gracia fina y un ingenio agudo, la rijosidad de muchos imposibilita la reimpresión. Nosotros hemos escogido todos aquellos que son perfectamente asequibles al gusto y moderación de nuestros días, y así los ofrecemos a nuestros lectores.

Libro primero del Buen Aviso

CUENTO I

Solía decir el autor Montidea que no había libro de los profanos, por vano que fuese, que no hubiese algo que no bar, y en el bueno que reprender; decíalo porque, cuando venía el libro vano en manos del prudente, notaba lo bueno y dejaba lo malo; y en llegando el libro bueno en manos del malicioso y satírico, callaba lo bueno y publicaba lo malo; y a este fin decía estos versos:

—En hacer obras l'autor
descubre su habilidad,
y asimesmo del lector
su prudencia o necedad.

CUENTO IV

Yendo camino de compañía un portugués y un vizcaíno, allegaron a una venta, do no había que comer sino huevos, los cuales determinaron de comellos en cazuela. Y al tiempo de comer, el portugués, por engañar al vizcaíno, le dijo:

—Holaíca, Perucho, heu quero contigo fazer un concerto, porque naum comamos parvamente.

Respondió el vizcaíno:

—Di que juras a diez a concierto quieres; pero mira que te avisas, portugués, que no hagas a rapodias; veamos a concierto.

Dijo el portugués:

—El concerto es, que mientras maum hubere en cazuela, nan entre maum.

Respondió el vizcaíno:

—A contentó eres.

Empezando nuestro portugués a comer, al punto que sacaba de la cazuela la mano derecha, ponía la izquierda. Viendo el vizcaíno el engaño, alzóse de pies, y poniendo el pie en la cazuela, dijo así:

Con conciertos me desuelas,
portugués, por haz m'cedes,
el pie entras en cazuelas
pues que mano entrar no puedes.

CUENTO XII

Haciendo reseña un capitán de su compañía delante su coronel, vino a pasar una hilera en que había dos tuertos, por lo cual dijo el coronel:

—¿Por qué lleváis estos tuertos?

Respondió:

—Porque emboten las lanzas de los enemigos.

Pasando otra hilera en que había dos cojos, dijo:

—Y éstos, ¿por qué?

Respondió:

—Porque no saben huir.

Quiso decir: en la guerra
poco ver, poco temer;
y el cojo pisa la tierra,
mas no la puede correr.

CUENTO XXVII

Un caballero, teniendo dos hijos, enviólos a estudiar a Salamanca, y al cabo de algunos años determinó de enviar por ellos. Venidos en su presencia, suplicó a cierto doctor que les preguntase para ver lo que habían deprendido; los cuales apartó en cierto retrete, y preguntándoles, les dijo:

—¿Qué quiere decir *femina mas que genus*?

Respondió el primero:

—Señor, que la hembra es más que gente.

—¿Y *nullo mostrante reponunt mascula sunt tibi quasi*?

Respondió el segundo:

—Que ninguno puede mostrar donde ha puesto, si no es el macho, que le sale la casa.

Riéndose de sus respuestas, dijo:

—¿En qué gastastes el tiempo?

Respondió el mayor:

—Yo, en saber nadar, señor.

—Así que, ¿nadar sabes?

Y preguntando al otro si lo sabía, dijo que no.

Con esta relación salieron en presencia del padre, el cual preguntó:

—¿Saben algo esos mozos?

Respondió:

—Señor: el uno nada, y el otro no nada.

Entendiendo la significación del vocablo, dijo:

—¿Eso pasa? Bien me agrada;
y no les cumple estudiar,
pues vemos qu'el uno nada
sin l'otro saber nadar.

CUENTO XXXIII

Yéndose paseando por una sala un gentilhombre, famosísimo músico, traía unas botas blancas cortadas, muy gallardas; sino que la suela de la una de ellas estaba descosida. Pareciendo muy feo aquello, otro gentilhombre, poeta, que le estaba mirando, le dijo esto de repente:

—De tantos puntos que dais
sobrados en la vihuela,
echad tres en esa suela.

CUENTO XXXIV

Estando un gentilhombre en una venta, pedía al huésped si había de comer. Respondiendo que no, vido a dos pasajeros que tenían un conejo asado en mesa; a los cuales dijo:

—Hermanos, ¿puedo caber en la compañía con mi tanto?

Diciendo que sí, asentado, viendo que tenía poca autoridad para los tres, usó desta maña estándolo cortando, que dijo:

—Desde agora apuesto, hermanos míos, dos reales contra uno, a que me como los huesos y todo dél, sin dejar nada.

Reprochando que no, pusieron sus apuestas, y el gentilhombre comenzó de comer solo su conejo muy a placer, dejando los huesos en un plato.

Acabado que hubo, dijeron los bausanes:

—¿Y los huesos?

Respondió:

—Los huesos también me los comiera; sino que no los he gana.

Replicaron:

—Pues, sus, los dos reales son perdidos.

Respondió el gentilhombre:

—Mis dos reales, señores,
si los llamastes perdidos,
yo los llamo vencedores,
no perdidos, mas comidos,
comidos descubridores
de hombres simples y entendidos.

CUENTO XLI

Determinándose de ahorcar un rico avariento, a causa de habérsele derramado tres tinajas de aceite, compró para que saliese más barato su negocio sogá d'esparto, y como se la probase poniéndosela al cuello, parecióle tan áspera, que determinó que fuese de cáñamo. Y tomándola bajo la capa, se fué a los sogueros, y recateando en el trueque por cinco o seis días, que volvería cuatro maravedís, fué tan importuno, que le dijo el soguero:

—¡Oh, pese a tal con vos y vuestra sogá! Si para ahorcaros la queréis, desde agora os la daré de balde.

Como oyese de balde, juntó con él y dijo que sí, que para eso la quería.

—¿Para eso?—dijo el soguero—. Hacedme albalán de vuestra mano (1).

Y así lo hizo y se la dió, y en el mismo día remanesció ahorcado. La cual mezquindez manifestó el soguero al alcalde, mostrando el albarán por testimonio:

—Aqueso tiene el avaro;
qu'el remedio de su mal
le viene a parecer caro,
como a éste su dogal.

CUENTO LX

Habiendo acabado un extrañísimo pintor de pintar un retrato a un gentilhombre, estándoselo mostrando, maravillado el gentilhombre de la perfección de la pintura y de la fealdad de dos hijas que estaban presentes, dijo:

—Gran desconformidad veo,
con rectamente juzgar,
entre el pintar y engendrar.

Conociendo el pintor por qué fin lo decía, respondió:

—En vuestra porfía
no siento reproche,
pues pinto de día
y engendro de noche.

Libro segundo del Portacuentos

CUENTO IV

Arrastrando una vez un hijo a su padre, teniéndole del brazo, porque quería que se saliese de su casa, y cuando vino a llegar junto al quicial de la puerta, dijo el padre al hijo:

—Déjame, hijo, por amor de Dios, que hasta aquí, y no más, arrastré yo a mi padre.

(1) Dadme cédula o testimonio escrito por vuestra mano, quiere decir.

CUENTO V

Encontrándose un gentilhombre con un charlatán mentiroso, destos que se mantienen de nuevas, al punto que le quería empezar a hablar, al primer acento, dijo el gentilhombre:

—¡Mentís!

Respondió el charlatán:

—¿Por qué miento, señor, si aún no he dicho nada?

—Por si habéis de decir algo lo digo.

CUENTO XXV

Yendo tres de compañía: un capitán, un recuero y un rufián, allegaron a una venta que era de una viuda muy truhamera. Preguntáronle si había algo que cenar; díjoles que no había otra cosa sino un par de perdigones; pero que los cenaría con ella aquel que le declarase tres preguntas.

Contentos, preguntóles ¿qué sombra había mejor, y vista y ruido en esta mundana vida?

Respondió el capitán:

—Sombra, de tienda de campo; vista, de españoles, y ruido, de atambores.

Respondió el recuero:

—Sombra, de mesón; vista, de poblado; ruido, de acémilas.

Respondió el rufián:

—Sombra, de pabellón; vista, de gentil mujer; ruido, de colchones.

Dijo ella:

—Vos cenaréis conmigo los perdigones.

CUENTO XXVI

Desorejaban a un ladrón, y como un buen hombre lo estuviese mirando, rogaba al verdugo que se las cortase muy poco; el ladrón, entendiendo lo contrario, dijo:

—Callad en mal hora y dejad hacer al maestro su oficio.

CUENTO XXX

Un portugués, sintiéndose agraviado en grandísima manera de un castellano que se llamaba Vargas, porque le había dicho delante de su señora fiafete, determinando de matalle, armóse; y a cuantos topaba decía: «Hermaum, rogaz por Vargas el castejañ. Preguntándole algunos:

—«¿Cómo? Qué, ¿hanle muerto?», respondía: «Naum, mays teny pensamiento de facello.»

CUENTO LI

Fuese una vez un buen hombre, dejando su mujer miserablemente, y a cabo de tiempo volvió, y como viese la casa mejorada, dijo a su mujer:

—¿Qué es esto? ¿De do salieron estos guadamaciles y tantas sillas?

Respondió:

—Marido, Dios lo ha proveído.

—¿Y esta cama tan linda y colcha de seda?

—Dios lo ha proveído.

—¿Y esas basquiñas de seda y manillas de oro?

—Dios lo ha proveído.

En esto salió un mochacho de dos años, diciendo:

—Madre, dadme pan.

El, todo turbado, preguntó:

—¿Qué es esto?

Respondióle ella:

—Provisión de Dios.

Dijo él entonces:

—En verdad, mujer, no quisiera que Dios proveyera tanto mi casa.

Juan de TIMONEDA

pre nidos; porque sabía construir, la obra de los demás le era tan grata como la suya propia, y así dejó ésta en el corazón de los hombres raigambre in-mortal.

*

«Oh, dioses, yo no os pido que me de-jéis la juventud, pero dejadme las vir-tudes de la juventud, la desinteresada inquietud, las desinteresadas lágrimas! ¡Oh, dioses, que por envidia no me dé a ror la obra de los jóvenes; que sea un viejo que ame la juventud y que, a pe-sar de la flojera de los años, tome parte en sus juegos y peligros! ¡Qué importa que tiemble mi voz, si se conserva impá-vido y fresco el sentido de mis palabras!»

Enrique DOMINGUEZ RODIÑO

IMPRESIONES DE UN LECTOR

«Veinte poemas...»

LEGO un poco tarde para hablar del libro de Oliverio Gironde *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*. Bella edición. El autor la ha cuidado como otro poema, añadido a la danza de sus veinte fantasías. ¿Danza? No encon-traría palabra más exacta. El poeta ha querido encontrar el ritmo de la dan-za invisible de las cosas. Invisible para los cretinos, claro está. Libro graciosa-mente carnavalesco, Pierrot sin amar-gura, Orfeo truhán, que hace saltar en cabriolas grotescas la apariencia trivial de las formas. ¿He dicho sin amargura? No estoy seguro de que así sea. Desde luego ese es un libro irónico. Y no hay ironía sin dolor. La ironía es el disimu-lo, elevado a supremo consuelo. Danzan las cosas su zarabanda, pero todas ellas llevan puesto su antifaz. ¿Qué rostro es-conden bajo su máscara? ¿Quién podrá susurrarles al oído, pasando junto a ellas, un te conozco? ¿Se tendría miedo a conocerlas en realidad! Para el que las mira, las cosas no esconden más que una mueca: la muerte. Y la Muerte es también grotesca, y siempre ha tenido su danza...

¿Rien las cosas bajo la bauta de Oli-verio Gironde, que dirige sus piruetas? ¿Rien o lloran? En todo caso nos hacen gestualaciones de payaso, aunque bajo su albayalde esté el dolor. Este es un li-bro *alcohólico*. El mundo rueda como la cabalgata infantil de un Tío vivo. He aquí el secreto de la facultad de poesía: saber embriagarse con el vino que ha-ga danzar las cosas para nuestro placer de pequeños dioses, como bayaderas en torno a un rajah. ¡Danzad, casas amon-tonadas en el lomo de la colina ciuda-dana, parpadeando con las ventanas que encienden, por la noche, la pupila de la lámpara familiar! En torno al via-jero que arriba a vuestro puerto forma-réis una sardana alucinante y frenéti-ca, entre un resto de mareo y un co-mienzo de pesadilla nocturna... ¡Dan-zad, pobres chicas humildes, que jamás soñasteis salir de vuestra pudibundez provinciana, llena de ignorancias, esto es, llena de carencias, como una viva paradoja! El mundo hace vibrar en tor-no a vuestras cabecitas el hondo aullido de vendaval que vuestros pulmones no pueden absorber... ¡Danzad, ex votos al-reddor de las imágenes milagreras, como un galop de quimeras en noche de fiebre! ¡Danzad, bellezas vulgariza-das por las agencias de viaje, canales venecianos, calles de Verona, recodos del Lago Mayor, para sacudir el peso muerto de tantas admiraciones ignoras! ¡Danzad, claro de luna, dosificado ya en todas las farmacias, escenografía de

quinto acto para acentuar debidamen-te la emoción!

Me imagino que, a la hora de morir, cuando también la conciencia se atre-va a diseñar su última pirueta, ha de ser un amargo consuelo ver danzar las cosas en torno a nuestro lecho, para con-vencernos de que la vida no ha sido una cosa seria y de que la danza macabra tiene un atractivo mucho mayor...

Oliverio Gironde ha compuesto en esos veinte poemas la danza macabra de las cosas. Crudamente, sus imágenes gol-pean la cabezota de los filisteos para hacernos reír con sus visajes de escán-dalo, como los de aquellos cretinos que encontró Gulliver, a los cuales había que golpear con vejigas hinchadas para sa-carles de su estupor. Las imágenes del estilo de Gironde fluctúan sabrosamen-te entre la grasa jovialidad de las ker-

messes flamencas y la dislocación vesá-nica de un conceptismo ultravidente. ¿Es la forma, lo que salta desarticulado como un polichinela infantil, o es la idea, que el autor ha vestido con ropaje de marionetas para que no la cono-ciese el vulgo burgués?

Pero... ¿de qué modo esas graciosida-des (más que gracias) nos compensan de tanta vacuidad sonora! Esa aparente superficialidad puede cubrir a veces una resonancia profunda... ¡En cambio, de cuántos autores podríamos decir, pa-radójicamente, que en el fondo son muy superficiales!

Gironde ha ilustrado su libro con fan-tasías pictóricas acomodadas a sus acro-bacias literarias. Y su libro acaba por antojársenos un circo ecuestre, en cuyo redondo ha encerrado las vulgares apa-riencias para que representen su come-

día como perros amaestrados, bajo un látigo de domador...

Pero yo no sabría terminar esta nota sin señalar a esas deformaciones en que la Naturaleza se torna maleable como cera en las manos de un artifice, para construir muñecos con su arcilla dilu-viana, un inagotable precedente espa-ñol: el de nuestro fecundísimo y donoso Ramón Gómez de la Serna.

La Rueda de Color

En el fondo, ya que no en la forma, esas composiciones de Rogelio Buendía pertenecen a la misma familia de los veinte poemas de Gironde. Desde lue-go, el filisteo, al leerlas, sufrirá un te-rrible desconcierto. De muchas de ellas no entenderá una palabra. Desde luego, algunas sufren, muy directamente, la influencia dadaísta. Pero la arbitrarie-dad de las imágenes descubre siempre un vuelo de fantasía poética. Prefiere, entre esos poemas, los que dejan al lec-tor el atisbo sin fin de lo que han que-rido penetrar. Así, por ejemplo, *La ho-ra que se va*, especie de eco rítmico de un pasaje de Tennyson; la *Serenata*, arlequinesca y aligera; *Risa*, ágil tecleo indefinido, volátil como una túnica de niebla; la *Danza de los esclavos*, llena de extrañas penetraciones y de intuiti-va originalidad; la *Ronda*, rica en armo-nía entre la palabra y la visión; el *Par-que*, agitada por una verdadera pulu-lación de vida animal (no me gusta la estrofa última); la *Rumba*, rica en face-cia, muy descriptiva; *El Príncipe pája-ro*, y muchas de las visiones del *Tene-brario*. Rogelio Buendía ha sabido in-fundir virtud dinámica en la apariencia estática de las formas.

Canções

Aguardan ahí mi comentario, sobre el escritorio, dos libros de poesía portu-guesa, que acabo de recibir. El uno son las *Canções* de Antonio Botto, seques-tradas por el gobierno portugués. Libro obsesional, flor de pecado, perfume de una sensualidad fuertemente inclinada a poetizar su propio fuego. El vino, en esos cantos, recobra su sentido báquico. Teixeira de Pascoaes ha puesto al libro unas palabras iniciales de elogio. Jaime de Balsemao, en unas *Nuevas refe-rencias*, que van como epílogo, habla de la ironía del autor, a quien afilia co-mo clásico. No me parece que la nota irónica sea característica en Antonio Botto. Su verdadero carácter es la trans-figuración del amor físico, exaltándolo en una especie de purificación, como si lo hiciese retornar al sentido místico de las viejas liturgias. Todo ello con una especie de amargor excitante de mandrá-gora, como si el atractivo de la pasión estuviese en su cualidad de fruto para-disíaco, vedado por una divinidad celeste y consagrada a otra divinidad pro-terva, como un culto nocturno...

Decadencia

El otro libro se titula *Decadencia*; poemas de Judith Teixeira. Vibran tam-bién esos poemas con exaltación sen-sual, y con una gran veleidad de orien-talismo. Las imágenes parecen aquí for-mas opulentas, obsesiones carnales, de-monios como los que tentaban a los ana-coretas. Hay cierto narcisismo flotando sobre la pompa intencional de las fan-tasías. Narcisismo no es la palabra exac-ta, porque son versos de mujer. Por mo-mentos, el frenesí de Safo anima y en-ciende alguna composición. Y la hogue-ra amorosa sube al cielo con su antiguo valor de pira de sacrificio.

Gabriel ALOMAR

CON EL ALMA ENCENDIDA

Como yo te siento

No te afanes en vano, no te afanes, mujer.
Todo lo que yo escribo lo escribe el corazón.
Tu cerebro se esfuerza sólo por comprender...
y el cerebro no puede comprender mi emoción.

Mis palabras de fuego, mis cálidas ternuras,
como abejas de oro revuelan a tu oído.
Demasiado ingenua me dices: «Tus locuras...»
(El mundo que he ganado tú lo tienes perdido.)

No te afanes en vano, no te afanes, mujer.
Espíritu curioso, pretendes comprender
estas cosas tan raras, tan llenas de emoción,

que yo suelo escribir con el alma encendida.
¡Y es tan fácil el fácil sentido de mi vida!
Lee con los ojos vueltos hacia tu corazón...

Como yo te sueño

Mujer hecha de fuego, bella mujer doliente
que ves pasar la vida junto a ti siempre igual;
yo sé que en tus deliquios tu corazón presiente
la inefable armonía de un remoto Ideal.

Mujer hecha de fuego, rosa santificada
por todos los dolores que ha forjado tu ensueño;
sabe que, cual la tuya, mi vida está abrasada
por la llama saudosa de un imposible empeño.

Mujer hecha de fuego, bella mujer fatal,
como una fe nos une el supremo ideal
de pasar por la vida, como Cristo, armoniosos,

sordos a la tragedia de nuestro corazón,
nuestros pies sobre el barro, los ojos luminosos
y en el pecho una daga de divina emoción.

Como yo te espero

He de llegar a ti, mujer hecha de llama.
Por todos los caminos te busqué, sin hallarte.
Habrias de ser de brisa, de niebla, sutil flama,
y habria sobre la luna, bajo el mar, de encontrarte.

A ti voy, sordo y mudo, con los ojos vendados.
Tanto te amé en las rosas de las otras mujeres,
que forman un glosario de nombres olvidados,
que no sé decir cómo te llamas ni quién eres.

A ti van firmemente mis floridos anhelos.
Bajo todos los soles, bajo todos los cielos
te buscará, indecisa, mi alegre alma viajera.

Podrá la vida inquieta de mi rumbo alejarte;
mas soy un poseído de la fe de encontrarte,
y sé que, al fin, la gloria de tus brazos me espera!

Juan SOCA

Páginas desconocidas
de nuestros clásicos

LOS CUENTOS DE TIMONEDA

En esta época en que las naciones más cultas vuelven los ojos al pasado y Francia e Italia reanudan sus estudios de humanidades con las enseñanzas del latín y el griego, que otra vez vuelven a estar en auge, el conocimiento de las obras clásicas se hace imprescindible.

En España es innumerable la cantidad de trabajos inéditos o poco conocidos que se guardan en nuestros archivos y bibliotecas, papeles que no llegaron jamás a imprimirse, o ediciones raras y costosas de obras interesantísimas que sólo por una vez vieron la luz.

Los LUNES DE EL IMPARCIAL, atentos a toda renovación, ya clásica, ya moderna, desean que el público en general goce de este tesoro de nuestros clásicos, únicamente accesible hoy a los eruditos, y exhumará en las presentes páginas, no lo sabido de todos, sino lo más selecto e ignorado.

Damos ahora a conocer una hermosa colección de narraciones de Juan de Timoneda, el famoso cuentista valenciano, autor del *Patrañuco*, *El Sobremesa* y *alivio de caminantes*, entre sacadas del *Buen aviso* y *Portacuentos*, libros que se dieron a conocer en 1564 y no se han reimpresso sino en una ocasión y para público reducidísimo, del único ejemplar que poseyó Salvá.

Aunque llenos de una gracia fina y un ingenio agudo, la rijosidad de muchos imposibilitaba la reimpresión. Nosotros hemos escogido todos aquellos que son perfectamente asequibles al gusto y moderación de nuestros días, y así los ofrecemos a nuestros lectores.

Libro primero del Buen Aviso

CUENTO I

Solía decir el autor Montidea que no había libro de los profanos, por vano que fuese, que no hubiese algo que no bar, y en el bueno que reprender; decíalo porque, cuando venía el libro vano en manos del prudente, notaba lo bueno y dejaba lo malo; y en llegando el libro bueno en manos del malicioso y satírico, callaba lo bueno y publicaba lo malo; y a este fin decía estos versos:

—En hacer obras l'autor
descubre su habilidad,
y asimesmo del lector
su prudencia o necedad.

CUENTO IV

Yendo camino de compañía un portugués y un vizcaíno, allegaron a una venta, do no había que comer sino huevos, los cuales determinaron de comellos en cazuela. Y al tiempo de comer, el portugués, por engañar al vizcaíno, le dijo:

—Holaíca, Perucho, heu quero contigo fazer un concerto, porque naum comamos parvamente.

Respondió el vizcaíno:
—Di que juras a diez a concierto quieres; pero mira que te avisas, portugués, que no hagas a rapodias; veamos a concierto.

Dijo el portugués:
—El concerto es, que mientras maum hubere en cazuela, nan entre maum.

Respondió el vizcaíno:
—A contentó eres.

Empezando nuestro portugués a comer, al punto que sacaba de la cazuela la mano derecha, ponía la izquierda. Viendo el vizcaíno el engaño, alzóse de pies, y poniendo el pie en la cazuela, dijo así:

Con conciertos me desuelas,
portugués, por haz p'cedes,
el pie entras en cazuelas
pues que mano entrar no puedes.

CUENTO XII

Haciendo reseña un capitán de su compañía delante su coronel, vino a pasar una hilera en que había dos tuer-
tos, por lo cual dijo el coronel:

—¿Por qué lleváis éstos tuer-
tos?

Respondió:

—Porque emboten las lanzas de los enemigos.

Pasando otra hilera en que había dos cojos, dijo:

—Y éstos, ¿por qué?

Respondió:

—Porque no saben huir.

Quiso decir: en la guerra
poco ver, poco temer;
y el cojo pisa la tierra,
mas no la puede correr.

CUENTO XXVII

Un caballero, teniendo dos hijos, enviólos a estudiar a Salamanca, y al cabo de algunos años determinó de enviar por ellos. Venidos en su presencia, suplicó a cierto doctor que les preguntase para ver lo que habían deprendido; los cuales apartó en cierto retrete, y, preguntándoles, les dijo:

—¿Qué quiere decir *femina mas que genus*?

Respondió el primero:

—Señor, que la hembra es más que gente.

—¿Y *nullo mostrante reponunt mascula sunt tibi quasi*?

Respondió el segundo:

—Que ninguno puede mostrar donde ha puesto, si no es el macho, que le sale la casa.

Riéndose de sus respuestas, dijo:

—¿En qué gastastes el tiempo?

Respondió el mayor:

—Yo, en saber nadar, señor.

—Así que, ¿nadar sabes?

Y preguntando al otro si lo sabía, dijo que no.

Con esta relación salieron en presencia del padre, el cual preguntó:

—¿Saben algo esos mozos?

Respondió:

—Señor: el uno nada, y el otro no nada.

Entendiendo la significación del vocablo, dijo:

—¿Eso pasa? Bien me agrada;
y no les cumple estudiar,
pues vemos qu'el uno nada
sin l'otro saber nadar.

CUENTO XXXIII

Yéndose paseando por una sala un gentilhomme, famosísimo músico, traía unas botas blancas cortadas, muy gallardas; sino que la suela de la una de ellas estaba descosida. Pareciendo muy feo aquello, otro gentilhomme, poeta, que le estaba mirando, le dijo esto de repente:

—De tantos puntos que dais
sobrados en la vihuela,
echad tres en esa suela.

CUENTO XXXIV

Estando un gentilhomme en una venta, pedía al huésped si había de comer. Respondiendo que no, vido a dos pasajeros que tenían un conejo asado en mesa; a los cuales dijo:

—Hermanos, ¿puedo caber en la compañía con mi tanto?

Diciendo que sí, asentado, viendo que tenía poca autoridad para los tres, usó desta maña estándolo cortando, que dijo:

—Desde agora apuesto, hermanos míos, dos reales contra uno, a que me como los huesos y todo dél, sin dejar nada.

Reprochando que no, pusieron sus apuestas, y el gentilhomme comenzó de comer solo su conejo muy a placer, dejando los huesos en un plato.

Acabado que hubo, dijeron los ba-
sanés:

—¿Y los huesos?

Respondió:

—Los huesos también me los comiera; sino que no los he gana.

Replicaron:

—Pues, sus, los dos reales son perdidos.

Respondió el gentilhomme:

—Mis dos reales, señores,
si los llamastes perdidos,
yo los llamo vencedores,
no perdidos, mas comidos,
comidos descubridores
de hombres simples y entendidos.

CUENTO XLI

Determinándose de ahorcar un rico avariento, a causa de haberse derramado tres tinajas de aceite, compró para que saliese más barato su negocio sogá d'esparto, y como se la probase poniéndosela al cuello, parecióle tan áspera, que determinó que fuese de cáñamo. Y tomándola bajo la capa, se fué a los sogueros, y recateando en el trueque por cinco o seis días, que volvería cuatro maravedís, fué tan importuno, que le dijo el soguero:

—¡Oh, pese a tal con vos y vuestra sogá! Si para ahorearos la queréis, desde agora os la daré de balde.

Como oyese de balde, juntó con él y dijo que sí, que para eso la quería.

—¿Para eso?—dijo el soguero.—Hacéme albalán de vuestra mano (1).

Y así lo hizo y se la dió, y en el mismo día remanesció ahorcado. La cual mezquindéz manifestó el soguero al alcalde, mostrando el albarán por testimonio:

—Aqueso tiene el avaro;
qu'el remedio de su mal
le viene a parescer caro,
como a éste su dogal.

CUENTO LX

Habiendo acabado un extrañísimo pintor de pintar un retrato a un gentilhomme, estándoselo mostrando, maravillado el gentilhomme de la perfección de la pintura y de la fealdad de dos hijas que estaban presentes, dijo:

—Gran desconformidad veo,
con rectamente juzgar,
entre el pintar y engendrar.

Conociendo el pintor por qué fin lo decía, respondió:

—En vuestra porfía
no siento reproche,
pues pinto de día
y engendro de noche.

Libro segundo del Portacuentos

CUENTO IV

Arrastrando una vez un hijo a su padre, teniéndole del brazo, porque quería que se saliese de su casa, y cuando vino a llegar junto al quicial de la puerta, dijo el padre al hijo:

—Déjame, hijo, por amor de Dios, que hasta aquí, y no más, arrastré yo a mi padre.

(1) Dadme cédula o testimonio escrito por vuestra mano, quiere decir.

CUENTO V

Encontrándose un gentilhomme con un charlatán mentiroso, destos que se mantienen de nuevas, al punto que la quería empezar a hablar, al primer acento, dijo el gentilhomme:

—¡Mentís!

Respondió el charlatán:

—¿Por qué miento, señor, si aún no he dicho nada?

—Por si habéis de decir algo lo digo.

CUENTO XXV

Yendo tres de compañía: un capitán, un recuero y un rufián, allegaron a una venta que era de una viuda muy truhana. Preguntáronle si había algo que cenar; díjoles que no había otra cosa sino un par de perdigones; pero que los cenaría con ella aquel que le declarase tres preguntas.

Contentos, preguntóles ¿qué sombra había mejor, y vista y ruido en esta mundana vida?

Respondió el capitán:

—Sombra, de tienda de campo; vista, de españoles, y ruido, de atambores.

Respondió el recuero:

—Sombra, de mesón; vista, de poblado; ruido, de acémilas.

Respondió el rufián:

—Sombra, de pabellón; vista, de gentil mujer; ruido, de colchones.

Dijo ella:

—Vos cenaréis conmigo los perdigones.

CUENTO XXVI

Desorejaban a un ladrón, y como un buen hombre lo estuviese mirando, rogaba al verdugo que se las cortase muy poco; el ladrón, entendiéndolo contrario, dijo:

—Callad en mal hora y dejad hacer al maestro su oficio.

CUENTO XXX

Un portugués, sintiéndose agraviado en grandísima manera de un castellano que se llamaba Vargas, porque le había dicho delante de su señora fíafete, determinando de matalle, armóse; y a cuantos topaba decía: «Hermaum, rogaz por Vargas el castejau. Preguntándole algunos:

—¿Cómo? Qué, ¿hanle muerto?», respondía: «Naum, mays teny pensamento de facello.»

CUENTO LI

Fuese una vez un buen hombre, dejando su mujer miserablemente, y a cabo de tiempo volvió, y como viese la casa mejorada, dijo a su mujer:

—¿Qué es esto? ¿De do salieron estos guadamaciles y tantas sillas?

Respondió:

—Marido, Dios lo ha proveído.

—¿Y esta cama tan linda y colcha de seda?

—Dios lo ha proveído.

—¿Y esas basquiñas de seda y manillas de oro?

—Dios lo ha proveído.

En esto salió un mochacho de dos años, diciendo:

—Madre, dadme pan.

El, todo turbado, preguntó:

—¿Qué es esto?

Respondióle ella:

—Provisión de Dios.

Dijo él entonces:

—En verdad, mujer, no quisiera que Dios proveyera tanto mi casa.

Juan de TIMONEDA

RATA DE AGUA, LA GENTIL DONCELLA

CUENTO PARA NIÑOS POR EL SEÑOR PICK WICK

ERA Reginaldo un pastorcillo, sin más hacienda que una rústica choza, una vaca pintada y seis cabezas de ganado lanar. Su corazón, noble y sencillo, tenía para su reducida morada y su escaso número de animales las más delicadas ternuras y las solicitudes más frecuentes. Su vida deslizábase placida en el laboreo de la breve huerta que amparaba en torno su vivienda, y en el atender a su vaca pintada y a las seis ovejuelas. Sucediáanse los meses y los años, y Reginaldo no sabía de los caminos del mundo más que las diarias marchas al bosque frontero para el apacentamiento de su ganado y para el recoger y apilar la leña que en el invierno le confortase sus resignadas soledades. Pero un día, su manso corazón y blandos sentimientos viéronse tocados una vez más de cariño y dolor al ver los denodados e inútiles esfuerzos en que se debatía una rata de agua por desasirse de un cepo arteramente colocado para la caza de los gazapillos que en abundancia poblaban el bosque. Llegóse Reginaldo al prisionero animal, y con los mayores cuidados dió libertad a la pieza aprisionada, proponiéndola a un tiempo llevarla a su casa para ponerla en cura y condiciones de seguir su vida.

Con gusto aceptó la rata de agua tan generosa proposición, añadiendo que si la cuidaba bien haríale partícipe de un secreto que seguramente le produciría profunda sorpresa e inusitado asombro. Y huelga añadir que si antes Reginaldo se proponía cuidar al animalejo, con mayor empeño habría de tratarle luego de tan inesperada declaración.

Diez días duró la cura y convalecencia de la rata, transcurridos los cuales, y ya en total restablecimiento los miembros heridos, Reginaldo oyó de su paciente la extraña declaración que jamás oyó mortal alguno.

«Yo, mi bueno y solícito pastor, si ahora me ves en situación de insignificante rata, no soy, en realidad, lo que aparento. Tan hocicuda, peluda y rabilarga, soy toda una gentilísima doncella, hija de un señor de herca y cuchillo, el que, por excesivas ambiciones mías y soberano poder suyo, me trocó en rata de agua, hasta que una intención sana me tornara a mi primitivo estado, dejando de purgar entonces culpas que a mi señor padre se le antojaban imperdonables por lo graves. ¿Que qué es preciso hacer para que yo vuelva a ser doncella gentil? Pues esto, lo otro en to

y lo de más allá. Y aquí dióse la rata a enumerar una inacabable serie de artilugios y magias, que si en un principio al infeliz Reginaldo parecieron arco de iglesia, por su difícil consecución, bien pronto se le antojaron leves trabajos ante el gozo de volver a dar a un ser la humana condición perdida.

Y Reginaldo se lanzó a las más extrañas aventuras, a empresas desconocidas y a sorprendentes trabajos, al cabo de los cuales, y a las doce en punto de una primaveral noche de luna, noche de plata por lo resplandeciente y blanca, la rata de agua se convirtió en la doncella más espigada y atractiva que jamás

mismo saldrás en busca del marido con quien yo he soñado para casarme. Y desposada con él, como tendremos el más espléndido palacio, tú vendrás a vivir con nosotros, y esta choza, morada tuya, se trocará por la más cómoda vivienda. Así, pues, disponte a ir en busca de mi anhelado esposo.

Y Reginaldo, que ya estaba dominado por los encantos de Rosa Blanca, al despuntar el alba del siguiente día emprendió la marcha en busca del codiciado consorte; pero en su camino hizose la pregunta siguiente: «¿Qué marido podría llevar yo a Rosa Blanca que fuera el más poderoso y bello del universo y

Y ante razones tan convincentes, Reginaldo se retiró de la presencia del astro rey y se situó en la más elevada cumbre de la montaña vecina, esperando el paso de una densa nube a quien hacerle la proposición de matrimonio. Y luego de examinar, días y días, nubes de todas formas y colores para mejor escoger, decidióse, al fin, por una que en forma de fantástico dragón avanzaba lenta en busca de la cresta de la sierra. Llegó la nube, y Reginaldo, como al sol, hizo la misma proposición de desposorio con Rosa Blanca, y la nube le contestó:

—¿Qué más quisiera yo que ser el marido soñado por Rosa Blanca, por hermoso e invencible; pero, ¿no comprendes, Reginaldo amigo, que las más de las veces el viento, mi enemigo feroz, me arrastra y me deshace con su ímpetu? A él es a quien debes dirigirte, porque el viento es infinitamente más poderoso que yo.

Y el buen Reginaldo esperó un día de viento arrasador de flores, encrespador de mares y tronchador de árboles, para ofrecerle la mano de Rosa Blanca, y el viento le contestó:

—Sí, en efecto, soy ligero, vario y fuerte; pero mi ligereza, fortaleza y variedad se estrella siempre ante la masa inmovible de la montaña. Tu Rosa Blanca debe de casarse con todo el macizo montañoso que se alza ante el valle en donde tienes emplazada tu limpia cabaña y pastan tu vaca pintada y tus seis ovejuelas.

Y el bien intencionado Reginaldo, a la montaña fué a ofrecerle en matrimonio a su ambiciosa Rosa Blanca, con-

testándole el monte con atronadora y potente voz:

—¿Pero no comprendes, infeliz Reginaldo, que mi grandeza queda reducida a la nada cuando un diminuto ratonzuelo me taladra y penetra con el más leve esfuerzo? Para casar a tu rata de agua busca un ratón laborioso y fiel de los que pueblan el bosque que yo nutro; procura que su voluntad sea tan grande como su ingenio; que su lealtad para tu Rosa Blanca sea incommovible; que su vida sea ejemplo de trabajo honrado, y que no desfallezca ante la lucha de la vida, y verás entonces cómo ni el sol, ni las nubes, ni el viento, ni yo podemos compararnos a él en poderío y belleza.

El señor PICK WICK

Dibujo de BARTOLOZZI.



contemplaron ojos humanos, por su tez rosada, sus cabellos de rubio miel, sus ojos azules, su boca de cereza y su cuerpo perfecto en proporción.

Como es fácil suponer, la primera consideración que Reginaldo se hizo fué la de que su cabaña, su vaca pintada y sus seis ovejas eran bien poca cosa para retener a Rosa Blanca, que así se llamaba la ex rata, y comprendiéndolo de tal modo, la primera pregunta que Reginaldo dirigió a la doncella fué:

—Dime, Rosa Blanca: ¿te contentarás para vivir conmigo con esta modesta casa y estos pobres y generosos animales, por los que velo con tanto amor?...

A lo que contestó Rosa Blanca:

—Claro que no me contentaré con tan poco. Ni a ti te satisfará, de hoy en adelante, esta vida, y como he visto que tú lo puedes todo por tu voluntad, mañana

que reuniera tantas cualidades como Rosa Blanca exige? No puede ser otro que el mismo sol.» Y sin la menor duda en su decisión, al sol se dirigió, dispuesto a hacerle la proposición matrimonial, el que, una vez que Reginaldo le hubo expuesto su pretensión, como padre adoptivo de Rosa Blanca, le contestó:

—Con sumo gusto me desposaría con tu Rosa Blanca; pero debo advertirte que no soy yo el marido que a tu hija conviene, porque, a veces, ni soy tan poderoso, ni tan bello, ni tan perfecto como tú crees, puesto que en muchas ocasiones las nubes velan mi luz y aplacan mis ardores. Creo que el marido que a Rosa Blanca convendría sería un nubarrón, recortado y compacto, que pudiese transportarla por los espacios y distraerla con sus variadas formas y colores.

«LA COFRADIA DEL HAMBRE»

NOVELA CORTA ORIGINAL DE JOSE CASTELLÓN

JUAN Daniel había venido a Madrid, como vienen tantos otros soñadores, en busca del vellocino de oro. Del fondo apacible de un pueblecito de Extremadura vino a Madrid con el propósito de conquistar un prestigioso nombre de literato. Rodó por dos o tres redacciones de periódicos mediocres; publicó una novela, cuya edición fué a parar a los tableros de los puestos de libros viejos, y, sin darse cuenta, se halló un día desilusionado, fracasado sin haber fracasado y encarcelado en una notaría. Su salida a campos de ilusión había sido como aquella salida a campos de Montiel, del «Caballero de los Leones»: sólo había hallado molinos de viento.

Su vida era mísera y esclavizada. Pasaba el día en la notaría, escribiendo pliegos y más pliegos de una prosa endiablada y seca, sujeto a una falsilla, copiando matrices de poderes y disposiciones testamentarias... ¡Después de tanto soñar con escribir hermosos dramas!

Por la noche asistía a la tertulia de unos cuantos artistas en ciérne, víctimas como él de la falta de ambiente sensible, que se reunían en un antiguo café. «La Cofradía del hambre», como siniestramente había bautizado a la reunión Luis Muro, un escultor que sabía al dedillo lo que es pasarse las noches vagando como un perro callejero, sin abrigo, sin cama y sin cenar.

Era un café apartado, en el que un ciego pianista pulsaba todas las noches las teclas con la misma «fuga» de Bach, que sonaba con alargados lamentos, como si en el fondo de la caja sonora hubiera encerrada un alma trágica. «La Cofradía del hambre» hacía escaso consumo; pero el dueño del café les toleraba, permitiéndoles que permanecieran allí, guarecidos del frío y de la lluvia de la noche, porque nunca se le llenaban todas las mesas y porque le gustaba alternar con aquellos muchachos tan simpáticos y pintorescos, que le contaban cosas fantásticas y divertidas. Los cofrades lo discutían todo, extendían allí mismo certificados de capacidad intelectual, hablaban de arte, de política, de amor y hasta de misterios de ultratumba, pues uno de ellos, Felipe Hurtado de Saldaña, tenía ríbetes de espiritista. Una vez, el dueño del café le preguntó si era cierto que los espíritus movían los veladores de tres patas. El espiritista aseguró que sí lo era y que el número de patas no importaba para el caso; él se comprometía a hacer el experimento en una de aquellas pesadas mesas de tableros de mármol—el mármol en el que Julito Ortega dibujaba la caricatura de cuantos parroquianos asistían al café—. El experimento se realizó una noche. Se formó con las manos la cadena magnética, y... ¡zas!..., la mesa se movió con tan violenta sacudida, que la panzuda botella del agua y las copas rodaron por el suelo hechas pedazos. Desde aquella sesión, que tan cara costó a la cristalería, el dueño del café dejó de interesarse por el mundo de los espíritus.

Juan Daniel vivía en una casuca vieja y destartada de los barrios bajos. La portera le tenía alquilado un cuarto aguardillado, y el mobiliario consistía en una cama derrengada, un armario, una mesa y un par de sillas de madera. Una ventana pequeña se abría sobre las tejías y dejaba ver un trocito de cielo que se encuadraba entre los muros de dos casas vecinas más altas.

En unas habitaciones medianeras a la

verle, y se retiró con presteza de la ventana.

El verdadero conocimiento entre ambos surgió del modo siguiente: Juan Daniel cayó enfermo y tuvo que permanecer en cama varios días. La portera, compadecida de él, lo contó en casa de Eulalia, y ésta se ofreció, si hacía falta, cuidar al enfermo. Afortunadamente, no fué nada grave, y no se hizo preciso que nadie se quedase velando. Por el día, la

ros, pelotaris, bebedores de sidra, vendedoras de pescado... Toda una familia de tipos fuertes, vigorosos, que se destacaban sobre verdes fondos de mar o sobre las marañas arbóreas de los caseríos. Ramón Chavarri dedicaba a su arte un celo extremado. Pintaba con lentitud, deteniéndose en las pinceladas más pequeñas, cuidando de que sus lienzos resultaran acabados, con un trabajo paciente y laborioso, de empeño decidido de triunfar. Los demás cofrades se burlaban de él; pero el pintor vasco oponía una resistencia admirable de perseverancia en su camino.

Una tarde, la portera preguntó a Juan Daniel si quería recibir a su vecinita Eulalia, la cual, ya que no hacía falta para asistir al enfermo, por lo menos quería hacerle una visita. Juan Daniel, con cuidadoso esmero, arregló el embozo de la sábanas y, coquetamente, se anudó al cuello un pañolito de seda. En el umbral de la puerta, a la luz cerúlea de la media tarde, apareció la figura alta, esbelta, fina y suave de Eulalia. Para Juan Daniel fué como una revelación, algo insospechado que se le aparecía de pronto. Ella se le acercó pausadamente y le preguntó muy quedo, en tono tan bajo que parecía temer que el sonido de sus palabras molestasen al enfermo:

—¿Está usted mejor?

—Sí, señorita. Estoy mejor. Muchas gracias.

Después vinieron otras visitas. Eulalia, al regresar de la oficina, entraba todas las tardes en la alcoba de Juan Daniel, se sentaba en una silla baja, delante de la ventana, recibiendo en la nuca los postreros resplandores de la luz, y, en tanto que la tarde iba declinando, hablaban cordialmente, con esa amistad tan pronto trenzada entre los jóvenes, especialmente entre los que sufren. Sus conversaciones estaban empapadas de lágrimas de un llanto íntimo y amargo: el de la crueldad de la vida. Era un romance doloroso, que ellos tejían tratando de consolarse uno a otro.

—Tenga usted fe, Juan Daniel. Quizá muy pronto la felicidad cante a su lado como una alondra en primavera.

—Estoy ya fatigado de pelear vanamente.

—¿Y ya no escribe usted?

—Ya no. Hace tiempo que el pesimismo me hizo colgar la pluma.

—Pero ilusiones es necesario tener siempre; si no, ¿de qué se va a vivir?

—Sufriendo..., como viven la mayoría de las personas, los camaradas de la gran «Cofradía del hambre», cruzando la existencia, peleando por cumplir la función fisiológica de sustentarse... y sin poder cumplir otras necesidades del alma.

—Hay que tener un poco de resignación. Ya ve usted yo: trabajo todo el día por un mísero sueldo, y, no obstante, no pido a Dios sino que nunca me falte trabajo.

—Esta sí que es la gran crueldad



de Juan Daniel vivía Eulalia. Era una mujercita delicada y bella, que trabajaba de mecanógrafa en una oficina. Con ella vivía una tía, que, años hacía, cuando Eulalia quedó huérfana, la había recogido y la cuidó con el esmero y la solicitud de una madre. Ahora, en su vejez, era Eulalia quien la mantenía y la cuidaba. Juan Daniel había visto a su vecinita algunas veces, pero nunca reparó bien en ella. Un día, si recordaba que la vio asomada a la ventana, entre unos tiestos de geranios, arreglando la jaula de un canario. La había dirigido una sonrisa; pero ella no le vio, o no quiso

portera sabia, de cuando en cuando, y todas las tardes, a primera hora, le visitaba Ramón Chavarri, uno de los camaradas de «La Cofradía del hambre», precisamente el más humilde, del que todos se reían y hacían burla. A pesar de las bromas de mal gusto que muchas veces le gastara Juan Daniel, Chavarri fué el único que acudió a verle en cuanto supo que estaba enfermo... ¡Los demás!... Ramón Chavarri era vasco y había venido a Madrid para dedicarse de lleno a la pintura, arte que le apasionaba sobre todos los demás. Sus cuadros representaban tipos de la región: reme-

la vida... ¡El sufrimiento de la mujer! Un galante novelista francés dijo que mientras haya una sola mujer que no pueda llevar zapatitos de charol no debía la humanidad tener tranquila la conciencia. El trabajo de la mujer está malísimamente retribuido, y, lo que es aún peor, tacha el divino sentimiento del amor. ¿No es cruelmente duro que la necesidad una en talleres, en oficinas y en comercios hombres y mujeres, atentos a su trabajo, y les haga hablarse de aquellos asuntos mercantiles tan lejos de las frases que Adán y Eva debieron decirse en el jardín florido y perfumado del Paraíso?... La vida ha ido podando los antiguos rosales. Si hoy Romeo y Julieta volvieran a hablarse en la ventana, su conversación, seguramente, sería ajustada a temas económicos.

En la tranquilidad de la habitación el dolor de un sufrimiento paralelo iba uniendo aquellas dos almas. De día en día se establecían entre ambos nuevos lazos de cordialidad, que les iban atando tanto, que ya, todas las tardes, él la esperaba febrilmente, como el agua que es preciso beber para calmar la sed. Se sentía invadido de un aliento nuevo, de un ansia abrasadora de vida. Eulalia, sentada delante de los cristales de la ventana, que se aparecían azulados y con estrías de los reflejos dorados del sol moribundo, parecía una estampa pegada a la vidriera, como esas dulces figuras de vírgenes que hay en las ventanas policromadas de las catedrales. Una tarde, Eulalia llegó con un ramo de flores que depositó al pie del lecho. Un ramo de flores, una cosa al parecer tan sencilla y corriente, y que, no obstante, como un talismán mágico cambió milagrosamente la fisonomía de la estancia, dándole un acento tierno y fragante.

La fiebre fué bajando y Juan Daniel pudo levantarse del lecho.

—Pronto estará usted completamente bien y podrá volver a la vida de antes.

—La vida de antes—dijo él con acento de infinita amargura—. La vida de después... ¡La de siempre!

—¿Le asusta a usted el sufrimiento?—preguntó ella con ternura acariciadora—. Yo me encuentro, no sé cómo decirlo, más serena en el dolor. Creo que es necesario el dolor, que sin él la vida no tendría sentido.

Por el recuerdo de Juan Daniel cruzó la grave figura del filósofo alemán Arturo Schopenhauer, con su blanco pelo encrespado, su cara afeitada y rugosa, su aspecto extraño, tal como aparecía en los retratos divulgados al frente de sus libros. Juan Daniel había leído muchas veces sus teorías pesimistas, aquella filosofía tan real, tan humana y tan sangrante de dolor. «El dolor es lo único positivo en la vida...» ¿Lo único?... ¿Es realmente así la vida?... En tal caso, ¿vale la pena de vivir?... ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

La manita de Eulalia, alargada y bella, como las manos de la dama del Verrocchio, la dama del ramillete, aquella de los cabellos en racimos, se posó delicadamente en un brazo de Juan Daniel.

—No tema usted el dolor.

—¡Oh!... Ya no me espanta, se cebó hondamente en mí... Mi vida..., el sufrimiento de mi vida... ¡Qué drama!

—¿Por qué no lo escribe?

—¿El qué?

—Eso..., su vida..., su drama. Un hermoso drama que usted puede escribir con los episodios de su vida. Usted, el protagonista, el héroe de la obra... A mí no se olvide de sacarme también, siquiera en una escena...

¿Qué sintió Juan Daniel? ¿Qué soplo misterioso e insólito le estremeció? De pronto, hubo en él como una explosión, un anhelo infinito, sin tregua, devorador, que le alzaba sobre todas sus angustias y

de su propio dolor construía el pedestal que había de elevarlo, al fin, a la gloria tantas veces soñada. Sintió todos los antiguos afanes, los pasados entusiasmos, cuanto, en suma, permanecía enferrado en la fosa de su desilusión. Las primitivas raíces aún estaban vivas y ahora aparecían al aire de un encanto nuevo, de una esperanza que se prometía con un orgasmo de anhelo encendido. Sus ojos llamaron, sus manos se tendieron en ademán de gracias hacia Eulalia, y como el que descubre en la playa una bella estatua que la mar arrojó sobre las algas y las conchas, quedó unos instantes como en éxtasis, ensimismado. Ante él estaba su vida, de una desolación tan inmensa que por fuerza habría de cobrar en la escena un brío dramático inusitado. Al fin había encontrado eso tan difícil de hallar, por lo mismo, que es casual: la inspiración de una obra maestra.

Se arrojó a los pies de Eulalia, la tomó las manos y se las besó con devoción, como se besa una cosa santa.



El drama de la vida de Juan Daniel iba surgiendo en la blancura satinada de las cuartillas. Veía todos los días a Eulalia. Iba a buscarla a la salida de la oficina en que ella trabajaba, y juntos se dirigían hacia casa. Por el trayecto charlaban de infinitud de cosas. Habían llegado a entablar una amistad dulcísima, bajo la que, seguramente, otra pasión más viva esperaba el momento propicio para manifestarse. Juan Daniel, allá en lo más recogido de su pensamiento, abrigaba la idea adorable de que aquella encantadora y buena mujer-cita fuera un día su mujer, la esposa que le alentara en sus triunfos y le consolara en sus días de abatimiento. En la soledad en que vivía notaba que le era imprescindible el calor del hogar, si no quería que el corazón se le atrofiara, luego de haber padecido íntimos sufrimientos. Porque nada hay tan doloroso como la soledad, la vida que no tiene bifurcación, que se aparece como un erial, sin echar al aire los brotes de unas vidas nuevas que prolonguen el nombre y el recuerdo. ¿Hay nada tan doloroso como irse consumiendo, igual que esas lámparas de aceite, sin dejar siquiera un montoncito de cenizas? Cansado ya de la vida pimpante, de una existencia de espuma que no deja huella, nada que permanezca, Juan Daniel aspiraba a formar un hogar, a tener una amable compañera y un hijo. Sobre todo, esta ilusión de los hijos le seducía de modo inusitado. Para él se aparecía el hijo como el instante más solemne y trascendental de la vida. No es el pantalón largo, ni la primera comunión, ni el primer puro que se fuma, ni siquiera la terminación de los estudios lo que marca y divide en dos la vida; el verdadero jalón es el hijo; ante él la vida debe abrirse con sentido nuevo, con derechos y deberes distintos, que realizan la transformación radical y definitiva de la vida. Soñaba con tener un hijo de aquella bella y suave mujercita, que debía tener en el alma tantos tesoros de ternura. Realmente era una bella y deseable alegoría. Pero ¿cómo conseguirlo? La vida, la inexorable vida, con su bárbara condición cruel, oponía a los nobles afanes un valladar difícil de salvar. Hacía falta dinero; una suma nada fácil de conseguir... Juan Daniel confiaba ciegamente, ahora como nunca, en que su arte sería la liberación de la vida de privaciones y de angustias. Tenía sus esperanzas puestas en aquel drama que iba escribiendo con un esmero extraordinario, con un entusiasmo que le tenía inquieto, febril, abrasado.

Apenas iba al café; tenía un poco abandonados a sus camaradas de «La Cofradía del hambre». Estaba convencido que

aquellas tertulias a nada útil conducían; era una de tantas maneras de perder el tiempo, y, además, no era allí en donde se encuentra al amigo de por vida, ese amigo que, como la mujer y el libro predilecto, nos es esencialmente imprescindible en la vida. Juan Daniel prefería la soledad de su alcoba, tabique por medio de la casa de Eulalia. Algunas veces hablaba a través de la pared. Los muros no eran muy espesos, y a poquito que se alzaba la voz se oía perfectamente.

Poco a poco, el drama iba tocando a su fin. Un domingo, Eulalia y Juan Daniel lo leyeron juntos y ambos derramaron abundantes lágrimas. Verdaderamente, en aquellas escenas palpitaba un dolor tan íntimo y tan desgarrador, que desde el principio la atención quedaba sujeta y crecía rápidamente, con una intensidad desbordante.

Por si fuera poco, la felicidad, esa incomprendible hada que se aleja o se acerca sin saber por qué, cuando menos se piensa, parecía que se mostraba propicia. Por azares de la vida cotidiana, Juan Daniel había hecho amistad con un empresario, al que leyó los dos primeros actos, y esperaba el último para ensayar el drama y estrenarlo.

Falta hacía, porque la vida se iba pasando con ese paso lento, pero incesante del minuto, y la necesidad iba en aumento. Eulalia no podía llevar el peso de su casa. Su tía, llena de achaques, gastaba mucho en medicamentos, y diferentes veces Eulalia tuvo que empeñar alguna cosa que guardaba en legado de su madre: unos pendientes, una sortija... Juan Daniel adivinaba esto, aunque Eulalia nada le decía por delicadeza, por ese temor vergonzoso que tenemos de confesar nuestros infortunios.

Y Juan Daniel, en lo íntimo de su propósito abrigaba la esperanza de que un día fuese él quien librara a Eulalia de aquel padecer lento y terrible. Sería una cariñosa mujercita que le rodearía de cuanto cariño estaba tan necesitado. Y, sobre todo, la ilusión del hijo le emocionaba profundamente. ¡Lo aguardaba con tan estremecida espera! Un hijo de Eulalia y de él, que les alegrara la vida, que les diera su sentido magnífico, que les fusionara completamente, unidos por aquella criaturita con sangre de ambos.



En las carteleras y las vallas de los solares aparecieron pegadas unas fajas de colores anunciando el estreno: «El drama propio», como se titulaba. En el café, los contertulios de «La Cofradía del hambre» esperaban el estreno con curiosidad, algunos, acaso, con envidia, y Ramón Chavarri había lanzado la idea de organizar un banquete al «ilustre y nuevo dramaturgo».

De este modo fueron corriendo los días, hasta que llegó el decisivo, el del estreno. El teatro estaba lleno de público. Juan Daniel observó desde detrás del telón, y vió a los espectadores sonrientes, despreocupados. ¡Qué diferencia con su estado de ánimo!... Eulalia no había que rido asistir; esperaba despierta, en su casa, para enterarse del resultado. Al alzarse el telón sintió Juan Daniel que una corriente de frío le recorría la médula como un estremecimiento eléctrico. Se situó junto a una lateral, y desde allí, recostado en un árbol pintado en un bastidor, se dispuso a asistir al estreno del drama. El acto empezó con un silencio absoluto en toda la sala. La voz de los comediantes sonaba con un diapasón extraño. Algunas veces se confundían en una frase y Juan Daniel se aterraba; pero el público, en la rapidez del diálogo, nada advertía. Terminó el acto, un acto de exposición, breve y en el que ya empezaba a dibujarse el sentido de la

obra, el dolor de un afán incumplido, el desastre de los sueños ante la realidad. El público se mantuvo reservado. Hubo aplausos; pero sin entusiasmo.

El segundo acto interesó poco. El público percibía un drama de angustia, dolorido, de pesar íntimo; pero lo hallaba reconcentrado, no tenía realidad exterior, no había escenas de encrespada emotividad. Todo el drama corría serenamente por el cauce interior del alma del protagonista. Era un drama sin artificiosidades ni «datiguillos» para la galería, sino sincero, delicado, un drama hacia adentro, y el público no lo apreciaba, porque para ir adentro hay que partir de dentro. En definitiva, el tercer acto no gustó, y el telón cayó, sin despertar aplausos ni protestas, con un silencio espantoso. El golpe del telón contra el entarimado del escenario produjo a Juan Daniel la impresión del golpe de un hacha sobre un tajo. ¡Terrible tragedia la del destino humano, esa de la impotencia personal, la de depender de los otros!...

Su drama, el drama de su vida, a nadie había interesado. Su hondo dolor y su amargura no había logrado conmover a los espectadores. Escenas hubo en que lo que a él tanto le había hecho sufrir, al público le divertió y le hizo gracia.

En el saloneillo dijo doloridamente a uno de los cómicos:

—¡Es mi «drama propio», el drama de mi vida, el que ha fracasado!

—¡Ah! ¿Pero es un reflejo de su vida?

—dijo el empresario—. ¡Hombré de Dios, haberlo advertido antes y nos hubiéramos evitado este pasol... Su vida, de usted, como la de cada persona, a nadie interesa. Cada uno tiene bastante con su drama.

Salió solo del teatro, como huido, y anduvo por las calles al azar, vagando a la ventura, como siempre había ido por la vida y como iría de allí adelante más todavía, a la deriva de las circunstancias. Lloviznaba, con hilos de agua menuditos y silenciosos, que caían en la ciudad dormida como un llanto imposible de describir. Un reloj lejano dió una hora que Juan Daniel no supo ni entendió cuál era. ¡Qué más daba!... En el atrio de una iglesia dormían unos mendigos, amontonados, como un desecho de la vida, tal que despojos tirados allí como se tiran las ropas viejas a los basureros. Eran desconocidos cofrades de aquella «Cofradía del hambre», tan numerosa y tan eterna, la gran familia de los desdichados. Un perro flaco y sucio ladraba a la puerta de una casa. De un cafetín salían unas notas desgarradas de cante flamenco y de guitarras destempladas. Seguía lloviendo. El reloj de una torre desgranó las campanadas de otra hora...



La vida de Juan Daniel se había precipitado en un erial de muertas ilusiones. Nada esperaba ya. Le faltaba lo principal: la fe, la confianza en sí mismo. Acudía a la notaría, en donde trabajaba con penoso esfuerzo, y por la noche se acostaba temprano, dejándose caer en el lecho como quien desfallece sobre una fosa. Al menos, durmiendo no se daba cuenta de que vivía. Al café no había vuelto a ir; le mortificaba la idea de los comentarios que los cofrades habrían hecho de su drama. Tampoco a Eulalia la veía frecuentemente. Convenido de que no podría nunca casarse con ella, ¿para qué sostener una ilusión imposible? Nunca había dicho nada de su amor a la linda vecina, aunque se transparentase en sus palabras; así que lo mejor era no verla, no ver a nadie...

Hasta que un día llegó un nuevo golpe. Eulalia, la mujercita adorada, se iba

a casar. Se había enamorado de ella el director de la oficina en que trabajaba: un inglés ceremonioso y afable. La noticia le apesadumbró de un modo grandísimo; Doró aquella noche desconsoladamente, como un niño. Pero al día siguiente se sintió más calmado; después de todo, aquella boda constituía para Eulalia un cambio radical de vida; podría librarse del trabajo, dejaría de padecer y podría asistir en cuanto necesitara a la anciana tía... ¡Que fuese feliz! ¡Todo lo feliz que él hubiera querido haberla hecho!

Ella se lo comunicó sencillamente; no ignoraba que él la quería y que aquella resolución había de producirle hondo sentimiento. Es posible que con él se hubiera casado más contenta. Pero la vida se había interpuesto, y es la vida la que nos gobierna a medida de su deseo; a sus imperativos hay que ajustarse dócilmente, como el guante se ajusta a la mano.

El día de la ceremonia nupcial fué terrible para Juan Daniel. Cerca de la iglesia la vió salir, ya casada, del brazo de su esposo. Vestía de blanco, y bajo la corona de azahar su carita pálida adquiría una expresión infantil. Descendió lentamente la escalinata de piedra. Varios mendigos se arremolinaron en torno y extendían sus manos suplicantes. Juan Daniel, tentado estuvo de mezclarse con aquellos miserables y alargar también sus palmas abiertas. ¡Estaba tan necesitado! Pero la limosna que él solicitaba no podía darse.

Eulalia y su tía abandonaron la casa; se fueron a vivir a un elegante hotel del barrio de Salamanca. Desapareció la dulce vecinita; quedó la ventana sin los tiestos de geranios y sin la jaula del canario. Parecía la casa sumida en un desierto de cenizas. Vinieron nuevos vecinos: un matrimonio que se pasaba el día peleando y con una bandada de chiquelos que no cesaban de llorar y gritar ni de día ni de noche.

Juan Daniel se encontró definitivamente solo. Daba largos paseos alejándose de la ciudad, marchando al campo. El contacto con la Naturaleza le reanimaba. Allí parecía dolerle menos el corazón.

Una tarde, cuando paseaba por las afueras de Madrid, por el camino de El Pardo, vió pasar a Eulalia en automóvil.

vil. Ella también le vió y mandó al «chauffeur» que detuviera la marcha. Inclínada sobre la portezuela, cuya madera barnizada relucía a los rayos del sol de aquella primavera radiante, le llamó con la mano enguantada, que agitaba en alto con palpar de alas. Juan Daniel se acercó, emocionado. Eulalia le tendió la mano y le invitó a subir al automóvil.

—¿Adónde vas, hombre?

—Paseaba.

—Pues, sube, sube. Ven conmigo. Llegaremos hasta El Pardo y luego regresaremos a Madrid.

Subió al automóvil y se acomodó al lado de ella, procurando esconder los pies bajo el asiento, con pudor de sus botas estropeaditas. Eulalia iba vestida con un traje malva. Llevaba una sombrilla blanca, abierta, y la orla de encaje la amparaba bajo su sombra circular. El automóvil corría entre una doble fila de árboles que juntaban sus copas espesísimas, formando un tupido túnel de verdura. El airecillo que levantaba la velocidad del automóvil revolvió con travesura los rizos del peinado de Eulalia.

—¿Qué es de ti?

—Lo de siempre... La vida de siempre...

—¿Por qué no vas a visitarme?

—Sí iré algún día. Temo molestarte.

—¿A mí! ¡Oh, querido amigo! Yo no olvidé los antiguos días de desdicha. Ven un día a verme. ¿No conoces a mi hijo? Es un niño precioso.

Juan Daniel sintió una tristeza desgarradora. Sabía que Eulalia había tenido un niño; pero al oírsele decir a ella misma le pareció que una honda herida se le abría en el pecho.

Al día siguiente se encaminó al hotel de Eulalia. Pero cuando se acercó a la puerta vió, a través de la verja, a Eulalia con su marido y el niño jugando en el jardín. Estaban los padres inclinados, y la débil criatura, entre los brazos extendidos de ellos, se balanceaba sobre las delgadas piernecitas, aprendiendo a andar. Ellos sonreían con expresión de tanta felicidad que Juan Daniel juzgó que su visita era inoportuna en aquel momento. Su presencia rompería el encanto de la escena, en la que tanto se complacían. Se deslizó sin ser visto, a lo largo de la verja, y arrastrando los pies se alejó, sumido en tristes reflexiones.

Pasaron algunos años. Un día Juan

Daniel encontró en la Puerta del Sol a Ramón Chavarri, el pintor vasco, que acababa de ganar una primera medalla en la Exposición Nacional. Al verse, se precipitaron el uno hacia el otro y se dieron un fuerte abrazo.

—¡Chico, Juan Daniel! ¿Dónde te metes? ¡No se te ve por ningún sitio!

—Hago una vida muy apartada... Realmente no podría hacer otra... No tengo la independencia económica necesaria... Tú ya sé que has triunfado. ¡Cuánto me alegro! Te lo mereces de veras. Siempre fuiste trabajador constante y un buen amigo... Lo único que valía de aquella reunión del antiguo café.

—A propósito, ¿sabes qué fué de los cofrades?

—Apenas les he visto... Siguen yendo. Son algo ya del café mismo. Hay en la tertulia algunos cofrades nuevos. Los de entonces tienen ya el cabello gris.

Se cogieron del brazo. Chavarri le ofreció un puro, y echando bocanadas de humo se dirigieron calle abajo de Alcalá. Al llegar a la plaza de Castelar, el pintor se despidió; dijo que iba al Retiro, a la Exposición. Se ofreció a Juan Daniel para cuanto pudiese serle útil.

—Por cierto—dijo—, ayer me hablaban de ti.

—¿Quién?—preguntó Juan Daniel.

—Una linda dama... La mujer de un inglés amigo mío.

—¿Ah, sí... Una señora que se llama Eulalia. ¿No es así?

—Justo, sí; la misma. ¡Buenas amistades!

—Apenas la he tratado. Una o dos veces que hablé con ella... Nos presentaron no recuerdo dónde...

—Pues ella me dijo que te conoce mucho... y que te recuerda también mucho. ¡La pobre!... Tiene un hijo muy enfermizo... Necesita sangre... Morirá seguramente pronto, si no hay alguien que se preste a una transfusión de sangre.

Se estrecharon las manos y se separaron. Juan Daniel quedó solo... ¡Eulalia! ¡Aún se acordaba de él!... Pensó en ella, en la casaca miserable en que se concieron, en los días de su enfermedad, en sus conversaciones de media tarde, en aquel ramo de flores que ella le llevó un día... ¡En tantas cosas!... La vió con su carita suave, pálida, de expresivo candor. Creyó aspirar la fragancia de sus cabellos. Le pareció verla asomada a la ventana, entre los tiestos de gera-

nios y la jaula del canario... ¡Qué lejos estaba ya todo aquello!

De pronto, cruzó por su pensamiento una idea que le hizo estremecer. Sonrió vagamente. Miró la hora en el reloj del Banco y se dirigió rápidamente al hotel de Eulalia, dispuesto a ofrecerle su sangre para el niño.



Unos días después, Juan Daniel, sentado en el banco del jardincito de un sanatorio, tomaba el sol de mediodía. Una enfermera ponía, sobre la verdura del jardín, la nota blanca de su vestido. Se le acercó y le dijo:

—¿Quiere algo? ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí... Estoy perfectamente.

Era verdad. Nunca había estado tan perfectamente como entonces. La tibieza del sol le envolvía confortadoramente, haciendo, poco a poco, que volviera a florecer en sus arterias la sangre que dió al hijo de Eulalia... ¡Al hijo de ella, que ahora le parecía también algo suyo, pues que tenía su sangre!

El sanatorio en que se reponía estaba apartado del bullicio de la ciudad, sumido en una deliciosa paz beatífica, en un silencio encantador, donde podía el pensamiento reconcentrarse fácilmente. Unos altos árboles recortaban su silueta sobre el fondo azul del cielo. La arena fina del jardín, a la luz del sol, parecía dorada. En las ramas habían prendido sus nidos unos pájaros, que revoloteaban, posándose a veces en el arquitrave del edificio...

Efectivamente; Juan Daniel nunca se había sentido tan feliz. Era la alegría más pura que había tenido en su vida aquel infortunado camarada de «La Cofradía del hambre», de la eterna cofradía que se extiende por todo el mundo. Esa cruel e inexorable cofradía, en la que agonizan tantos sueños y tantos ideales truncados. Juan Daniel había construido en su esperanza áureos alcázares; pero todos se desvanecieron. Su vida fué gris y atormentada. Lo soñó todo y no pudo realizar nada. Era uno de tantos cofrades, sólo eso... uno de tantos.

En la pureza de la tarde, al sol espléndido del mediodía, que tantas dichas y tantos sufrimientos iluminaba, Juan Daniel sonrió tristemente y se secó unas lágrimas que rodaron por sus mejillas.

José CASTELLÓN

Ilustración de BARTOLOZZI

LIBROS RECIBIDOS

La conquista de las rutas oceánicas, por Carlos Pereyra.—Libro de maravilla es éste, por cuyas páginas, admirablemente escritas, puestos los ojos en los áureos signos siderales, en azules noches de ilusión, vamos descubriendo, en las mismas gloriosas carabelas de nuestros antepasados, los caminos del mar, tan bellos, que siguiéndolos nos parece que marchamos hacia el Infinito. Es la grandiosa epopeya de los navegantes españoles y portugueses, de la que decía Jacinto Benavente, hace unos días, refiriéndose también a la gesta inmortal de la conquista de América, «que todavía no ha encontrado el poeta que la cante, porque la poesía no podía añadir nada a la realidad». Carlos Pereyra, el ilustre escritor, ha realizado en este último libro suyo una obra de imponderable belleza, en la que no se sabe qué admirar más, si el interés narrativo, superior al de fábula alguna; la claridad y pureza del lenguaje, la armonía constructiva, la cautivadora erudición o la elevación del juicio crítico. *La conquista*

de las rutas oceánicas es un Tratado de Emoción.

Antología americana, por Alberto Ghirardo.—Se acaba de publicar el segundo volumen de esta magnífica antología, obra que está realizando con noble esfuerzo, digno del mayor encomio, el ilustre poeta argentino Alberto Ghirardo. Este segundo volumen, como el primero, está dedicado a los «Precursores», y contiene principalmente trabajos de los héroes y caudillos de la Independencia americana. Al interés literario se une, por consiguiente, en esta *Antología* un extraordinario interés histórico.

La tristeza del burdel, por Emilio Carrere.—Escenas crueles, de un desgarrado realismo, que la Musa de nuestro gran poeta, tan llena de piedad y comprensión para el dolor que escarba en los bajos fondos sociales, sabe empapar con el bálsamo de una inefable y honda poesía.

Política española, por Benito Pérez Galdós.—Alberto Ghirardo, que está recogiendo las obras inéditas del glorioso

Patriarca de las letras españolas, de quien fué amigo y discípulo, acaba de publicar el tercer volumen de las mismas. Las figuras más salientes de una época interesantísima de la Historia de España — Castelar, Sagasta, Cánovas, Salmerón, etc. — y los acontecimientos de tanta trascendencia que en ella se desarrollaron, desfilan por estas páginas del maestro, magistralmente evocados y con un alto valor de ejemplaridad lleno de enseñanzas.

Leyendas del Rhin, por Manuela Gálard y Gómez.—De este libro cautivador, escrito en un bello lenguaje y avalorado con preciosas ilustraciones, dice en un hermoso prólogo el ilustre cardenal Benlloch, arzobispo de Burgos: «El ciclo de leyendas del Rhin, a más del fondo de sucesos religiosos o patrióticos, caballerescos o de costumbres populares que los inspiran, tienen un singular valor por la dulce y ensoñadora poesía de montañas y valles, por el activo tráfico de laboriosas ciudades unidas entre sí por el verde cinturón del río. Aunque el mérito de este libro no fuera otro que trasladar a nuestra lengua un tesoro poético tan rico de inspiración, sería es-

te solo título acreedor a nuestro aplauso y recomendación; aparte de lo ejemplar que resulta ver a una joven ocupar los ocios de sus propios menesteres en el fecundo cultivo de una tan sana literatura.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

Acaba de aparecer

TINIEBLAS EN LAS CUMBRES

novela por

Jamón Pérez de Ayala

Precio: 5 pesetas.

He aquí un libro conceptuado por el ilustre Pérez Galdós como verdadera joya de la literatura picaresca. En *Tinieblas en las cumbres*, una de las obras maestras de la novela contemporánea, se reúne la gracia y agudeza de los antiguos clásicos y los italianos del Renacimiento que dejaron libros tan famosos en este género, y el admirable castellano que a través de la trama descriptiva, Pérez de Ayala en ésta, como en todas sus obras, imprime.

En todas las librerías y en las estaciones del ferrocarril.

Concesionario de venta:

Librería y Editorial RIVADENEYRA

Avenida de Peñalver, 8 y 10

INDUSTRIALES Y COMERCIANTES

El Banco Español, el único en España industrial y mercantil, constituido a base cooperativa y promotor de empresas:

Compra en total o en participación toda clase de negocios para desarrollarlos a base de sus elementos financieros y de cooperativismo. Los que tengáis alguna propiedad o industria que queráis explotar más ampliamente o de la que queráis desprenderos, bien en su totalidad, bien en parte, dirigiros hoy mismo, sin dejarlo para mañana, al Banco Español.

Va a montar sucursales en todas las principales poblaciones de España, y necesita promotores y directores para las mismas. Los que os creáis con personalidad, aptitudes y relaciones bastantes para ponerlos a su frente, dirigiros en seguida al Banco Español, pidiéndole antecedentes.

Va a enviar en breve agentes vendedores a América con muestrarios españoles para organizar allí el intercambio con España y recabar pedidos. Los que queráis aquellos mercados o fomentar vuestras ventas, tanto en el interior de España como en aquellas Repúblicas, dirigiros inmediatamente al Banco Español.

La correspondencia al Secretario del Banco
Avenida del Conde de Peñalver, 24 (Gran Vía)

y Caballero de Gracia, 23.—MADRID